[aula abierta]

aula abierta 35
Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 10 de octubre de 2009 |
San Salvador, El Salvador, Centroamérica
Responsable: Vladimir Baiza

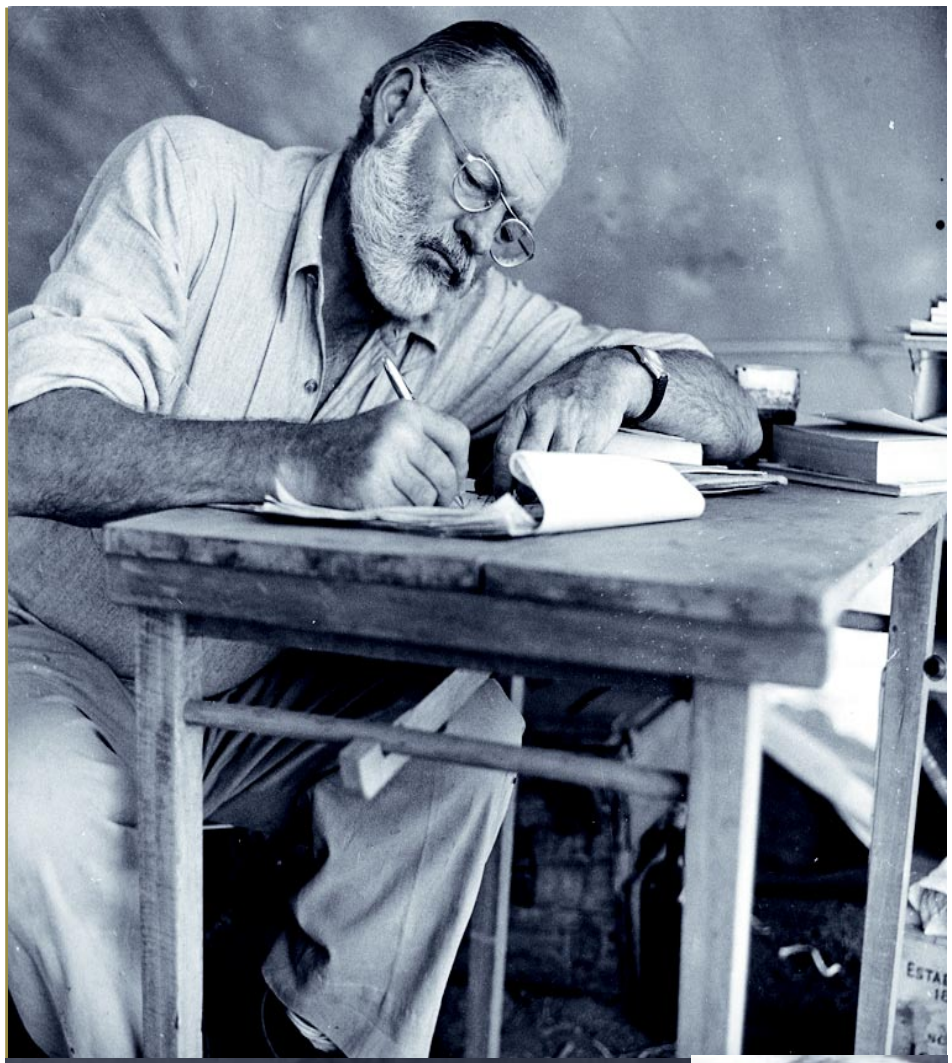
Primer año de Bachillerato

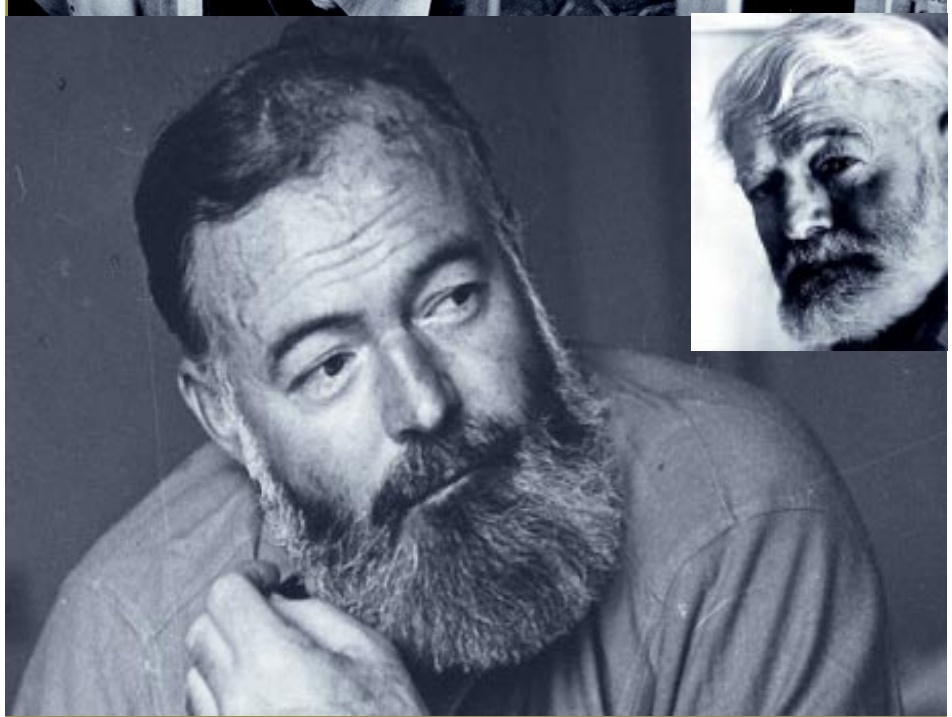
Literatura del siglo XX: Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*

Edgar Alfaro Chaverri

«Hemingway es famoso no sólo por sus obras, las que siempre están salpicadas por esos profundos trazos que la vida imprime en los seres solitarios, sino por su amistad con Cuba, o mejor quizá, con La Habana, en donde aún es muy querido y recordado, por ejemplo, en el barcito aquel, donde cierta bebida lleva su ilustre apellido. Su estilo ha influido poderosamente en la literatura norteamericana, y en el extranjero, puede decirse que ha creado escuela» (página 1).

«Hemingway presenta un individuo que ejemplifica ciertas normas o reglas relativas al honor, al valor, a la dignidad, las que le ayudan a desenvolverse en un mundo de violencia y dolor sin perder su calidad humana» (página 2).





El escritor estadounidense Ernest Hemingway, autor de la obra : El viejo y el mar.

Dos anécdotas de Hemingway

***Cuando en 1954 le fue otorgado el Nobel de Literatura y alguien le dijo que ya no necesitaría escribir para vivir, respondió:**

-Es cierto, pero ahora, como siempre, necesito vivir para escribir.

***Debido a la fascinación que el misterio de la muerte ejerció siempre sobre él, cuando un periodista de su misma nacionalidad le preguntó cuál era el nombre de su psicoanalista, le contestó sin titubeos:**

-"Remington".

Lamentablemente, se refería al arma con que acabaría por quitarse la vida años después.

Vanguardismo:

Doctrina artística de tendencia renovadora, nacida en el siglo XX, que reacciona contra lo tradicional. A esta pertenecen el existencialismo, el teatro del absurdo, el futurismo, el dadaísmo, el ultraísmo, el surrealismo, etc.

Sus características son siempre el hermetismo, la experimentación técnica y formal, y el afán de originalidad. No se debe confundir con el término Vanguardia, que es el que se aplica a todo lo que va rompiendo con lo tradicional en todas las áreas del saber, o sea lo que va adelante. La diferencia consiste en que el vanguardismo se refiere específicamente al movimiento que surge a principios del siglo XX, en cambio la vanguardia se da siempre.

Ernest Hemingway (1898-1961)

Escritor estadounidense, autor de novelas de fuerte realismo en estilo conciso y directo: *El adiós a las armas*, *Fiesta*, *Muerte en el atardecer* (acerca de los toros), *Por quién doblan las campanas* (acerca de la guerra civil española). En 1953 obtuvo el premio Pulitzer, y en 1954 ganó el premio Nobel. También es autor de *El verano sangriento*, *Los asesinos*, *La vida feliz de Francis Macomber*, *Las verdes colinas de África*, y, *París era una fiesta*.

Hemingway es famoso no sólo por sus obras, las que siempre están salpicadas por esos profundos trazos que la vida imprime en los seres solitarios, sino por su amistad con Cuba, o mejor quizá, con La Habana, en donde aún es muy querido y recordado, por ejemplo, en el barcito aquel, donde cierta bebida lleva su ilustre apellido. Su estilo ha influido poderosamente en la literatura norteamericana, y en el extranjero, puede decirse que ha creado escuela.

Hemingway es la clase de escritor que se alcanza a sí mismo, su existencialismo se nutrió siempre con los desdoblamientos que solía experimentar cuando meditaba. Su narración es la que se basa en el discurso breve y concreto. Cortado a la luz de sus temas, la claridad de su estilo permite percibir a perfección su sensibilidad de hombre práctico, impregnado de conflictos. Por supuesto, típico hombre del llamado siglo de las luces, el "problemático y febril" siglo XX.

Las resacas de su alcoholismo pudieron abonar los mencionados desdoblamientos, pero jamás añadir o restar a su talento.

Ernest Hemingway vio como el mundo se lanzaba a la 1ª Guerra Mundial; luego, acaso se consternó con la 2ª conflagración de carácter mundial; y después de la guerra de Corea, en 1954, vio de cerca el proceso y el triunfo de la revolución cubana, vio cómo de la Sierra Maestra se desgajaba, en 1958, la dignidad de un pueblo para lavar el oprobio de la bochornosa gestión presidencial de Fulgencio Batista.

Hemingway en cayo Hueso, Florida

Es obvio que fue testigo de la violencia imperante en un siglo que también dejaría avances científicos en pro de la salud y de otros rubros. Pero sin duda alguna, fue testigo de la carrera que armó desenfrenadamente hasta los dientes a cuanto gobierno se le antojó.

Nacido el 21 de julio en Oak Park, Chicago, Illinois, EE.UU., pasó su adolescencia en los bosques de Michigan, mientras colaboraba con los periodistas del Kansas City Star.

Hijo de un médico, cazador y pescador ferviente; y de una mujer de profundas convicciones religiosas y además de fuertes inclinaciones artísticas, el joven Hemingway creció en un ambiente mixto, lo que le permitió conjugar su vocación de escritor con sus aficiones deportivas y su innato deseo de aventura.

Ernest Miller Hemingway participó en la 1ª Guerra Mundial, como un audaz conductor de ambulancias de la Cruz Roja; luego de esta trabajó como corresponsal del Toronto Star. En la 2ª Guerra Mundial, fue parte de las tropas norteamericanas que llegaron a Francia para liberarla de los nazis.

En el Extremo Oriente, durante la guerra, actuó como corresponsal de prensa del ejército de los Estados Unidos. Y desempeñando esta misma función, durante la Guerra Civil Española, se unió al bando de los "republicanos", contra el generalísimo Francisco Franco.

Hemingway escribió en forma simultánea obras sobre los sucesos vividos por él, lo cual las revistió de cierto carácter autobiográfico. En ellas plasmó las tristezas y paradojas de una generación occidental que lucha contra sí misma, una generación herida por la guerra, tanto en el cuerpo como en el espíritu, esta fue la Generación Perdida. Dicha Generación apareció alrededor de 1920, y estuvo integrada principalmente por Francis Scott Fitzgerald, John Dos Passos, William Faulkner y Ernest Hemingway.

Hemingway terminó su vida productiva en Cuba, lo que le restaba lo "vivió" en Ketchum, Idaho, en donde se suicidó en 1961 a causa de una terrible depresión.

****

Breve estudio de El viejo y el mar.

Tal y como aparece en la edición que hoy nos sirve de soporte:

1. Presencia de un héroe-norma

Hemingway presenta un individuo que ejemplifica ciertas normas o reglas relativas al honor, al valor, a la dignidad, las que le ayudan a desenvolverse en un mundo de violencia y dolor sin perder su calidad humana.

Santiago, el pescador que logra atrapar un pez luego de una larga temporada sin hacerlo, es atacado por los tiburones que le disputan el trofeo. Le dejan sólo el esqueleto, y con éste, regresa Santiago al pueblo. Se siente derrotado, pero no vencido.

2. El objeto de sus narraciones es el hombre sencillo y su mundo vital

Santiago representa al hombre tosco, rudo, inculto, primitivo, al hombre ligado de tal forma a su mundo, que toda la problemática de su vida gira alrededor de su ambiente.

3. Utilización del lenguaje coloquial plasmado en la sencillez de vocabulario y en las frases anti-retóricas

"El viejo y el mar" se desarrolla en un ambiente de pescadores que emplean la jerga propia del oficio que realizan.

4. Descripción objetiva de sucesos primitivos, de extrema brutalidad y crueldad

Hemingway describe con exactitud los hechos, sin alterar su secuencia. Lanza una gama de sensaciones que impresionan al lector con toda objetividad. Predominan las escenas primitivas en las descripciones. *"Pero allí era donde estaba el cerebro y allí fue donde le pegó el viejo. Le pegó con sus manos pulposas y ensangrentadas, empujando el arpón con toda su fuerza. Le pegó sin esperanza, pero con resolución y furia. El tiburón se volcó y el viejo vio que no había vida en sus ojos".* (pág. 90).

"Se inclinó sobre la borda y arrancó un pedazo de la carne del pez donde lo había desgarrado el tiburón. Lo masticó y notó su buena calidad y su buen sabor. Era firme y jugosa como carne de res, pero no era roja". (Pág. 93).

5. Núcleo del relato: la violencia y el dolor

Hemingway enmarca a sus héroes dentro de un ambiente hostil con el que tienen que luchar. Esta "agon", produce en los personajes no sólo dolor físico, sino dolor interno, hondo, que lacera el "yo" del protagonista.

"Escupió en el mar y dijo: - Cómanse eso, galanos. Y sueñen con que han matado a un hombre". (Op, cit. pág. 105).

6. Semblanza del hombre solitario

El viejo tipifica al hombre de nuestra época, víctima de la incomprensión humana y que se enfrenta a un mundo duro e inhóspito donde le toca combatir contra la humanidad y contra los elementos naturales. Para dar testimonio de la soledad del viejo, Hemingway acude al monólogo.

- "Piensas demasiado, viejo- dijo en voz alta". (Op. cit. pág. 93).

"¿En qué puedo pensar ahora?, pensó. En nada. No debo pensar en nada y esperar a los siguientes. Ojalá hubiera sido realmente un sueño, pensó". (Op. cit. pág. 98).

7. Empleo de una parábola: *"Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado"*.

Hemingway otorga carácter simbólico a los elementos de la narración para demostrarla tesis que la fundamenta.

El pescador representa el quehacer humano; la pesca, el mundo que ofrece y retiene sus riquezas; el viaje, el valor y el coraje del hombre; la naturaleza, una fuerza superior; los tiburones, los obstáculos, el pez, la meta a conseguir.

Además establece un plano bíblico, siempre de índole simbólica.

Comienza con el nombre del personaje principal, Santiago y su oficio que recuerda al apóstol de igual nombre y que desempeñaba similar tarea en el Mar de Galilea.

La lucha de Santiago con el pez, su padecer, evocan escenas de la Pasión de Cristo.

****

Fragmentos de El viejo y el mar

a Charles Scribner y Max Perkins

"Era un viejo que pescaba solo en un bote en el Gulf Stream y hacía ochenta y cuatro días que no cogía un pez. en los primeros cuarenta días había tenido consigo a un muchacho. Pero después de cuarenta días sin haber pescado los padres del muchacho le habían dicho que el viejo estaba definitiva y rematadamente salao, lo cual era la peor forma de la mala suerte, y por orden de sus padres el muchacho había salido en otro bote que cogió tres buenos peces la primera semana. Entristecía al muchacho ver al viejo regresar todos los días con su bote vacío, y siempre bajaba a ayudarle a cargar los rollos de sedal o el bichero y el arpón y la vela arrollada al mástil. La vela estaba remendada con sacos de harina y, arrollada, parecía una bandera en permanente derrota.

Hemingway el escritor.

El viejo era flaco y desgarbado, con arrugas profundas en la parte posterior del cuello. Las pardas manchas del benigno cáncer de la piel que el sol produce con sus reflejos en el mar tropical estaban en sus mejillas. Estas pecas corrían por los lados de su cara hasta bastante abajo y sus manos tenían las hondas cicatrices que causa la manipulación de las cuerdas cuando sujetan los grandes peces. Pero ninguna de estas cicatrices era reciente. Eran tan viejas como las erosiones de un árido desierto.

Todo en él era viejo, salvo sus ojos; y éstos tenían el color mismo del mar y eran alegres e invictos.

-Santiago- le dijo el muchacho trepando por la orilla desde donde quedaba varado el bote-. Yo podría volver con usted. Hemos hecho algún dinero.

El viejo había enseñado al muchacho a pescar y el muchacho le tenía cariño.

-No- dijo el viejo-. Tú sales en un bote que tiene buena suerte. Sigue con ellos.

-Pero recuerde que una vez llevaba ochenta y siete días sin pescar nada y luego cogimos peces grandes todos los días durante tres semanas.

-Lo recuerdo- dijo el viejo-. Y yo sé que no me dejaste porque hubieses perdido la esperanza.

-Fue papá quien me obligó. Soy un chiquillo y tengo que obedecerle.

-Lo sé- dijo el viejo-. Es completamente normal.

-Papá no tiene mucha fe.

-No. Pero nosotros, sí, ¿verdad?

-Sí- dijo el muchacho-. ¿Me permite brindarle una cerveza en la Terraza? Luego llevaremos las cosas a casa.

-¿Por qué no? -dijo el viejo-. Entre pescadores.

Se sentaron en la Terraza. Muchos de los pescadores se reían del viejo, pero él no se molestaba. Otros, entre los más viejos, lo miraban y se ponían tristes. Pero no lo manifestaban y se referían cortésmente a la corriente y a las hondonadas donde habían tendido sus sedales, al continuo buen tiempo y a lo que habían visto. Los pescadores que aquel día habían tenido éxito habían llegado y habían limpiado sus agujas y las llevaban tendidas sobre dos tablas, dos hombres tambaleándose al extremo de cada tabla, a la pescadería, donde esperaban a que el camión del hielo las llevara al mercado, a La Habana. Los que habían pescado tiburones los habían llevado a la factoría de tiburones, al otro lado de la ensenada, donde eran izados en aparejos de polea; les sacaban los hígados, les cortaban las aletas y los desollaban y cortaban su carne en trozos para salarla".

"Cuando el viento soplaba del Este el hedor se extendía a través del puerto, procedente de la fábrica de tiburones; pero hoy no se notaba más que el débil tufo porque el viento había vuelto al Norte y luego había dejado de soplar. Era agradable estar allí, al sol, en la Terraza.

-Santiago- dijo el muchacho.

-Qué- dijo el viejo. Con el vaso en la mano pensaba en las cosas de hacía muchos años.

-¿Puedo ir a buscarle sardinas para mañana?

-No. Ve a jugar al "baseball". Todavía puedo remar y Rogelio tirará la atarraya.

-Me gustaría ir. Si no puedo pescar con usted me gustaría servirlo de alguna manera.

-Me has pagado una cerveza -dijo el viejo-. Ya eres un hombre.

-¿Qué edad tenía cuando me llevó por primera vez en un bote?

-Cinco años. Y por poco pierdes la vida cuando subí aquel pez demasiado vivo que estuvo a punto de destrozar el bote. ¿Te acuerdas?

-Recuerdo cómo brincaba y pegaba coletazos, y que el banco se rompía, y el ruido de los garrotazos. Recuerdo que usted me arrojó a la proa, donde estaban los sedales mojados y enrollados. Y recuerdo que todo el bote se estremecía, y el estrépito que usted armaba dándole garrotazos, como si talara un árbol, y el pegajoso olor a sangre que me envolvía.

-Lo recuerdas realmente o es que yo te lo he contado?

-Lo recuerdo todo, desde la primera vez que salimos juntos.

El viejo lo miró con sus amorosos y confiados ojos quemados por el sol.

-Si fueras hijo mío me arriesgaría a llevarte -dijo-. Pero tú eres de tu padre y de tu madre y trabajas en un bote que tiene suerte". (Pág. 7-10).

La amistad con Manolín es importante para el viejo, su compañía le da alegría, además lo hace sentir útil, y es evidente que entre ambos hay un respetuoso cariño. La mar, la pesca, son elementos que hacen de la vida en la isla una especie de hermandad, la solidaridad entre ambos personajes está cimentada con algo más que simple camaradería, contra la expresión supersticiosa de que el viejo está "salao", Manolín antepone la fe, fe que acaso el mismo viejo le ha inculcado junto a la destreza en el manejo de los aperos de pesca.

El caso es que el viejo se hace a la mar, solito, con su alma dispuesta al viento y el corazón dispuesto a la aventura.

En su ansiedad por pescar "algo", se aleja demasiado de la costa. Pero por "suerte", pica un enorme pez espada y es aquí donde se desarrolla una verdadera batalla; por una parte, el pez que pretende liberarse del anzuelo, y por la otra, el viejo que desea cambiar el rumbo de su mala racha.

En esta batalla, que dura más de dos días, el viejo hace acopio de su experiencia, pero al mismo tiempo, en la inmensa soledad del mar Caribe, el viejo habla consigo mismo, elucubra, analiza, se cuestiona, se pone a cuentas consigo mismo y con Dios. Es interesante cómo recuerda el singular combate de "pulso" con el negro de la provincia de Cienfuegos, recuerda que era joven y que le llamaban "Santiago El Campeón". Esto lo automotiva a continuar su denodada lucha por obtener por completo su inmensa presa. Prueba de esto son los siguientes fragmentos :

"Le pegó con sus manos pulposas y ensangrentadas, empujando el arpón con toda su fuerza. Le pegó sin esperanza, pero con resolución y furia.

El tiburón se volcó y el viejo vio que no había vida en sus ojos; luego el tiburón volvió a volcarse, se envolvió en dos lazos de cuerda. El viejo se dio cuenta de que estaba muerto, pero el tiburón no quería aceptarlo. Luego, de lomo, batiendo el agua con la cola y chasqueando las mandíbulas, el tiburón surcó el agua como una lancha de motor. El agua era blanca en el punto donde batía su cola y las tres

cuartas partes de su cuerpo sobresalían del agua cuando el cabo se puso en tensión, retembló y luego se rompió. El tiburón se quedó un rato tranquilamente en la superficie y el viejo se paró a mirarlo. Luego el tiburón empezó a hundirse lentamente.

-Se llevó unas cuarenta libras -dijo el viejo en voz alta-. Se llevó también mi arpón y todo el cabo, pensó y ahora mi pez sangra y vendrán otros tiburones.

No le agradaba ya mirar al pez porque había sido mutilado. Cuando el pez había sido atacado fue como si lo hubiera sido él mismo.

Pero he matado el tiburón que atacó a mi pez, pensó. Y era el dentuso más grande que había visto jamás. Y bien sabe Dios que yo he visto dentusos grandes.

Era demasiado bueno para durar, pensó.

Ahora pienso que ojalá hubiera sido un sueño y que jamás hubiera pescado el pez y que me hallara solo en la cama sobre los periódicos.

-Pero el hombre no está hecho para la derrota -dijo-. Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado",(Págs. 90 y 91, cuando enfrenta al primer tiburón).

"Debí de haberle cortado la espada para combatir con ella a los tiburones, pensó pero no tenía un hacha, y después se quedó sin cuchillo.

Pero si lo hubiera hecho y ligado la espada al cabo de un remo, ¡qué arma! Entonces los habríamos podido combatir juntos. ¿Qué vas a hacer ahora si vienen de noche? ¿Qué puedes hacer?

-Pelear contra ellos -dijo-. Pelearé contra ellos hasta la muerte". (pág. 102, cuando enfrenta a los demás tiburones).

El final ya lo anticipa el breve estudio de esta obra. Pero la actitud de Manolín, que se ha preocupado por la dilatada ausencia de su viejo amigo, y se alegra cuando ya está de nuevo en su choza, es la siguiente:

"Finalmente el viejo despertó.

-No se levante -dijo el muchacho-. Tómese esto - le echó un poco de café en un vaso.

El viejo cogió el vaso y bebió el café.

-Me derrotaron, Manolín -dijo-. Me derrotaron de verdad.

-No. Él no. Él no lo derrotó.

-No. Verdaderamente. Fue después.

-Perico está cuidando del bote y del aparejo. ¿Qué va a hacer con la cabeza?

-Que Perico la corte para usarla en las nasas.

-¿Y la espada?

-Puedes guardártela si la quieres.

-Sí, la quiero -dijo el muchacho-. Ahora tenemos que hacer planes para lo demás".(Pág. 109).

Más adelante el sentimiento aflora nuevamente:

-"Le traeré la comida y los periódicos -dijo el muchacho-. Descanse bien, viejo. Le traeré la medicina de la farmacia para las manos.

-No te olvides de decirle a Perico que la cabeza es suya.

-No, se lo diré.

Al atravesar la puerta y descender, por el camino tallado por el uso en la roca de coral, iba llorando nuevamente". (Pág. 111).

Como podemos ver, la soledad, la dura relación del hombre con la naturaleza, el sentimiento de muerte y la valentía física e intelectual, son algunas de las "trivialidades" del día a día ante las cuales Hemingway expresa su gran sensibilidad.

Al final de cuentas, lo que constituyó un homenaje a los pescadores de un pueblo costero cercano a La Habana, fue un elemento clave para que en 1954 le fuese concedido el Premio Nobel de Literatura al novelista norteamericano.

Indudablemente, la poderosa forma de su estilo y la maestría del arte de la narración, fue lo que influyó en la academia sueca, que juzgó acertadamente el aporte de este autor.

Acerca de su estancia en Cuba

"Yo siempre tuve buena suerte escribiendo en Cuba... Me mudé de Key West para acá en 1938 y alquilé esta finca y la compré finalmente cuando se publicó "Por quién doblan las campanas". Es un buen lugar para trabajar porque está fuera de la ciudad y enclavado en una colina. Me levanto temprano cuando sale el sol y me pongo a trabajar, y cuando termino me voy a nadar y tomo un trago y leo los periódicos de Nueva York y Miami. Después del trabajo uno puede irse a pescar o a practicar tiro de pichones, y por las tardes Mary y yo leemos y oímos música y nos vamos a la cama. Algunas veces vamos a la ciudad o a un concierto. Algunas veces vamos a una pelea o a ver una película, y luego vamos al Floridita. En el invierno podemos ir al Jai Alai". **(Carta de Hemingway a Karl Wilson, 1952).**
En este año es que publica El viejo y el mar, la obra que le valió el Nobel de Literatura.

Hemingway, el joven soldado

Poesía latinoamericana contemporánea: Peregrino inmóvil

Martín Salas,
«El Poeta del Sinú» (Cartagena, Colombia).

* Merecimiento de la luz

UNO

Yo indago en la vida del suicida, en su silencio, en el puño apretado, la garganta, sus
[hijos que no fueron suficiente felicidad
lo imito, mi dedo es una pistola y naufrago entre paredes.
El suicida también le temía a la calle, yo indago en su pasado.
El también aprendió del lenguaje una soledad, no le bastaba con la simple adivinanza,
[fue la imagen y el verbo en
medio de la batalla, en medio de las horas cotidianas que constituyen la historia.

DOS

Tengo la edad y el miedo del suicida, los pocos pesos en el bolsillo
La muerte requiere aprendizaje, no distraerse con los ají rojo, verde o amarillo a la hora
[del mediodía.
Desatiende las voces del barrio, a los ladrones que han tocado a tu puerta
Aquí cada vecino es una interrogación
Alguien falta en mitad de la palabra
La angustia mayor del sexo.

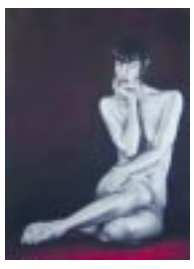
TRES

En la pared esta Chaplin, ese pequeño que se burla del suicida,
de su mala actuación, de la poca risa y me da un numero: 1978.
El cuerpo de este actor es un juego de niños y una noticia
Cifras y letras que poco le importan a la muerte,
a este ejercicio de soledades

Un cuerpo tendido.

CUATRO

Tengo los círculos , las rayas y las manchas que alguien convierte en signos. Como las
[plantas, el suicida crece en
silencio
El canto de los pájaros es real, el cucarachero es el rey.
Soy el peón que corta la hierba, le trae agua a las bestias
y recoge pequeñas piedras.
Le tengo amor al matorral..



CINCO

Soy el suicida, tengo sus señas, su altura, la venganza de la luna que corta las ceibas
[viches y la lluvia que borra el
dolor de mi garganta.
Un hombre de risa hermosa que acaricia sus nalgas , pero no es un jazzman, su oficio es
[otro, se esconde de los
mormones, pero ama la música de los evangelistas, se chupa el dedo, se esconde debajo
[de la cama, leyó la cartilla de
Michín, odia la responsabilidad y sabe que dios nunca se ha masturbado
Por eso aconseja a los nuevos dioses la zoofilia y el suicidio.

SEXTO

Soy el suicida del siglo XIX
Soy del interés de jóvenes y artistas.
Quién escribe, quien le ofrece palabras a mi memoria, quién irá tan lejos.
Un día mirarán mis ojos, buscarán mensajes en mis bolsillos
Un día vendrá la muchedumbre a comprobar mi existencia
Los gatos harán el milagro de no ser motivo de una ingenua metáfora.

SEPTIMO

La hormiga conoce mis caminos y no me deja avanzar
La cicuta tendrá el sabor del fresco royal
Escondido puede estar un matarrata en lata de galletas de soda.

OCTAVO

El suicida es una imagen perdida, con su escapulario y un dólar en la cartera.
Melquíades oficiará por todos nosotros la felicidad de los libros, él ordenará
[la biblioteca, defendiéndola de la polilla

NOVENO

Un computador y un teléfono comunican al suicida con el mundo
Un tambor y señales de humo comunican al suicida con el mundo

DECIMO

suicida estacionario,
aplatanado esta el lince,
Sin llantos y pocas letras:
Toda partida es merecimiento de la luz.

DONDE SE HACE UN MERECIMIENTO FINAL AL PEREGRINO INMOVIL, JOSÉ LEZAMA LIMA Y RAÚL GÓMEZ JATTIN

Quién ha estado detrás de ti, es decir, detrás del tiempo
para decirnos otro lugar común:
Ángel o demonio.
Ya sabrás que estos amigo se han iniciado en la alucinación
y yo les hablo del tokonoma, de esa rendija azul del universo
Bastará mencionar Espuela de Pata, piedra oculta de ese río
que esta a nuestras espaldas y gira entre los árboles

El casero te ha dicho que eres un hombre misterioso
y le has confesado que el Sinú y el Almendares
están entre los ríos más hermosos del mundo.
Ya lo han visto en las postrimerías del siglo en Cartagena
y en esa otra Habana, donde alguien recuerda un valle de algodonales
y una casa rodeada de bonches y dentro, una mujer, sola,
que se protege con tus libros.

También hay un patio grande de lluvias
(alguien le busca vendas a la inocencia del invierno)

Lola Jattin, tu hijo te besa, maldice y huye hacia el poema,
infierno y sitio de oración

Pero ya el profeta el que viene jadeante desde Prado
se cansa de la palabra
((todo libro se cierra aunque encantado).

Ya no tengo 15 años, pero ese joven, se niega a creer
que te has dormido para siempre

Hay mangos y sandías en mi garganta
Y una hamaca rodeando…tu invencible silencio.

** lezamianas

*

Buscar la rabia en la flor, anciano entre libros y sueños.
Pero siendo la poesía la hora del caracol, bastaría el silencio de las plantas, el canto delos gallos, en el [patio de la infancia.
El brujo, el hechicero, el mago, el profeta, el órfico, el duende, ha seguido el ejemplo del pez.
Ahora en el cielo, su fe y su verbo, imagen que revela y oculta, invocación y memoria,
habitante a su centro.

*

La sala es memoria, nacimiento,
agua que huye en busca de un viento en la luna
Ola suspendida
El tiempo recurre a la quietud de los que duermen
Este vacío puede ser carnaval, colibrí celebrando su lluvia
El alba nos reintegra al universo, el alba nos trae su esperanza
Dios también sueña esa caligrafía de lo triste, igual sueña el caracol,
en su rectángulo maltrecho.

*

Del jardín a la puerta , sin prisa y con bondad, la mano hace un gambito
Después compartirá desde la puerta de la casa, la felicidad del pregonero que silba
El viajero de baldosas y paredes, aún conserva la inocencia y el asombro
La vida nos ha dado un cangrejo y la suprema felicidad de amar un mago [que soñó y viajó desde un rincón de La Habana.

*

De las nubes que ha contemplado narciso
Del viento alocado en mitad de la sala
De los techos por donde rueda la luna
De la soledad de una silaba en el invierno.

*

Sólo estoy para los poetas jóvenes ,
(en mi cuerpo habita una mariposa)
Dibuja mi cuerpo desnudo
y no te enojes con los que han saqueado mi casa,
Yo soy feliz con la penumbra de los cuartos,
la humedad que alegra a los cangrejos.
La brisa abrirá el camino de la riqueza de la noche,
libros hay en la luna
(toda enseñanza esta en el pez)
La gula es un ejercicio clásico,
Fe sin almohadas,
Tesis y tratados hay,
pero nada igual a un helado.

Arriba, Fidel Castro y Ernest Hemingway.

Abajo, panorámica de La Habana Vieja

«Tú me recuerdas las calles de La Habana Vieja»

*** habana

*

Ahora llueve en La Habana , como en cualquier parte del mundo.
El héroe nos habla de su memoria, de cómo vio caer una hoja en la madrugada de 1885.
Octubre entre la hierba, Cortázar y Lezama por las calles de La Habana vieja.
El pasado se nos escapa entre parques y plazas
Los árboles se han detenido bajo la lluvia, para escuchar el paso de la brisa, que ahora es viento, tempestad entre ventanas, catedrales desprendidas en el tiempo. La ciudad tiene el vértigo del moribundo, olas que inundan la memoria del ahogado.

Escampa

La lluvia escurre su silencio
En un barquito de papel va dios, distraído.

*

Ahora indago en Lezama, en Eliseo
Qué mares, qué caminatas diferentes a las de Padro
Qué columnas y ciudades reciben al bienllegado

¿habrá otra Habana, otro Sinú, un lenguaje distinto,
una nueva poesía, más allá del dolor y de la muerte?

*

DEL SILENCIO A LA MUERTE
solo hay una calzada,
llena de viandas,
árboles,
nubes,
unicornios,
piedras,
omnibuses repletos de angustia,
rayuelas
el sexo de un hombre
un verso en Holandes
un desencuentro entre Martí y Maceo
la casa vacía
llena de amor entre mujeres
el vaso azul
de mis cinco años
la postal del che
en cinco dólares

la sed del mar.

El cuento de la semana

La noche boca arriba

Julio Cortázar (Argentina, 1914-1984)

Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos;
le llamaban la guerra florida.

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en la piernas. "Usté la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado..."; Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. "Natural", dijo él. "Como que me la ligué encima..." Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. "Huele a guerra", pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

-Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de la cama de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trozito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. "La calzada", pensó. "Me salí de la calzada." Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

-Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

Tomado de: http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/cortazar/nocheboc.htm

El poema de la semana

Claudia Lars

(El Salvador, 1899-1974)

Porque soy vagabunda

A Doña María de Baratta

Porque soy vagabunda conozco los caminos
húmedos y fragantes que en el monte se enroscan;
los que suben despacio al nido de la fuente;
los que se traga el bosque con su boca de sombra.

Porque soy vagabunda he bajado al barranco
a despertar el eco en su cueva de rocas;
persiguiendo l`arisca libélula de nácar
y el moscardón de acero que zumba entre las hojas.

Me he tendido en el musgo, sobre almohada de helechos,
oyendo el trino fino que suelta la chiltota;
y la oruga del lodo ha comido en mi mano,
y han bailado en mi frente briznas y mariposas.

Vi abrirse el cascarón del huevillo del pájaro
y la seda enrollada de la prieta amapola;
probé la pulpa rica de la fruta silvestre
y descubrí panales y recogí bellotas.

El viento me ha contado cuentos de maravilla
ofreciendo, al pasar, lo que lleva en su alforja:
olor de balsamera, de yerbas, de racimos,
y todos los rumores de la tierra redonda.

La tonada del río, entre juncos y breñas,
me da el sentido exacto que hay en las siete notas;
y aprendo el equilibrio y la gracia del ritmo
en el vaivén azul y lento de las olas.

Corro con pies descalzos sobre la playa tibia,
me unto barniz de sol, juego en el agua loca,
y adorno el cuerpo alegre con espuma irisada
y pulseras de algas y collares de conchas.

La noche me regala sus gajos de luceros,
la luciérnaga mínima su llamita temblona,
el grillo su chillido clavado en el silencio
y el murciélago huraño su vuelo de alas flojas.

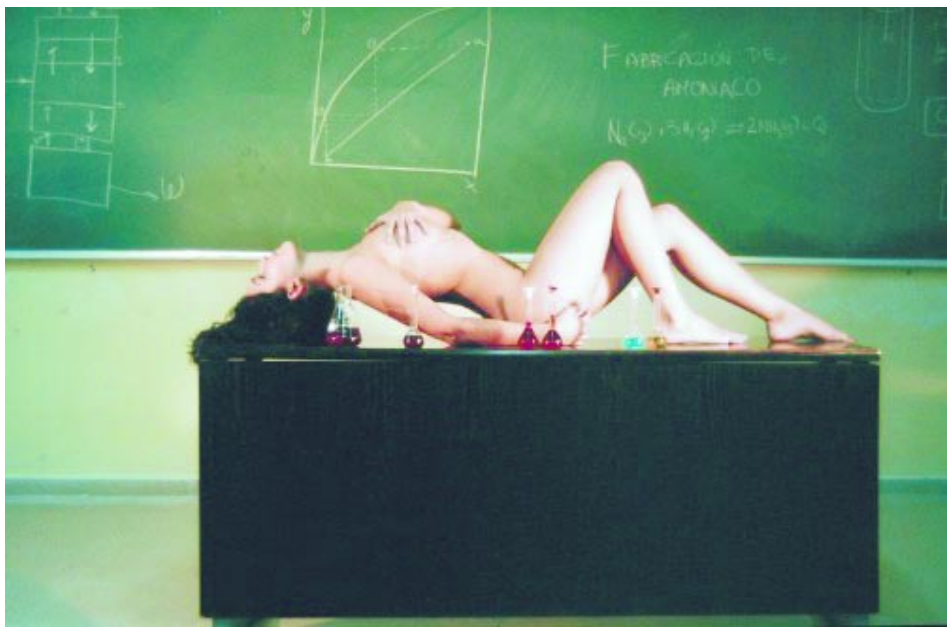
Porque soy vagabunda toda belleza es mía
y mío es el deleite que los demás ignoran.
¡Suelto mi canto vivo como el pájaro libre
y tengo el alma diáfana, esponjada y gozosa!

* * *

Claudia Lars
Salvadoreña (1899-1974)

Soliloquio virtual

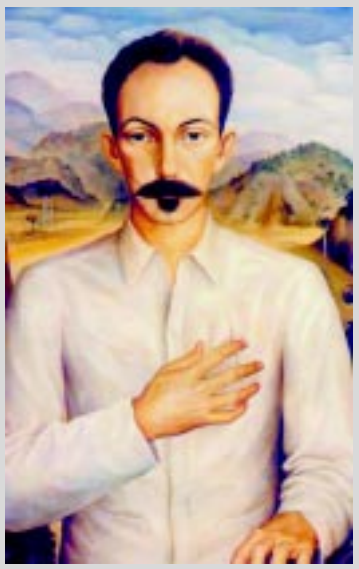
Salvador Juárez (Salvadoreño)



«Cuando te vi en mi clase de Literatura la primera vez, me imaginé que tus temas de conversación en la vida cotidiana serían de olimpos, metafísicas y jitanjáforas, y por eso, al principio, me daba pena conversar contigo, pensaba que en la plática estarías pendiente de las construcciones gramaticales, morfosintácticas y textuales, y, al oírte y sentirte tan sensible, llegué a creer que tu única música era la clásica, la sinfónica, y que por ello serías tajante con las canciones populares. Y también, por tener en mi mente una imagen estereotipada del poeta, la imagen del poeta romántico trasnochado, me figuraba que tu forma de entregarte en el amor era bien recatada, comedida y escrupulosa, y mirá que, ahora, por vos sé de Miller, del Marqués de Sade y de la poesía pornográfica medieval y antigua, pero no sólo por lo erótico y morboso como se nos presenta a estos autores, sino por el valor literario de sus obras, de modo que he podido saber porqué Barthes pondera a Sade como representante de la novela picaresca francesa, e igual no me extraña lo desbocado en otros grandes como Catulo y Rebalais, en fin, he degustado contigo un mundo que no es el santurrón que yo me imaginaba, ése en el que, por ciertos aires de enamoramiento a la antigua, como los de don Florentino Ariza, suponía que únicamente pasaríamos discurriendo lo ontológico y gnoseológico de tus ocurrencias en lo que, digamos, desayunábamos con todas tus mistiquisencias, tú con tu juguito de naranja, tus frutas frescas, tu leche con cereal y almendras, y tu omelette con pancake, mientras yo me servía, con mucha reserva, mi plato favorito, el plato típico tradicional, cohibida porque, al colocarte tú la servilleta con mucha parsimonia, y al limpiarte con sus puntitas y con suma delicadeza tus comisuras, tú me estarías viendo, con tu rigurosa etiqueta, mis frijolitos fritos con crema, mi tamal y mis platanitos, mirándome como si me estaba sirviendo un plato de sancocho con zurrapa, como decía mi mami. Pero por suerte me di cuenta de que sos todito lo contrario: no te la llevás de meticuloso ni para comer, ni para vestirte, no presumís con que sólo a vos te va ese matiz y esa marca. Y es que, por prejuicios alimentados por cierto tipo de diletantes, creí que también en la música vos andarías sólo elevado, hablándome de cosas difíciles, como de los distintivos de Mozart y Beethoven, y de las mínimas diferenciaciones entre los genios del barroco, por lo que yo ya empezaba a consultar obras de denso contenido sobre Bach y Handel, sin pensar que pasaríamos largas noches bailando boleros y sones, y oyendo canciones de las diversas corrientes populares, desde las patrióticas y de denuncia como Lamento Borincano y las de Atahualpa, de Violeta Parra y de Víctor Jara, enseñándome curiosidades en esta tendencia como la ranchera clasista de José Alfredo Jiménez, Juan El Herrero. Y otras joyas en creaciones de la Nueva Trova ¡Quién iba a pensar que yo dedicaría, con sumo ensueño, una buena parte de mi tiempo para bajar música de internet y armarte álbumes como tributos a compositores y antologías con las canciones populares más interpretadas de Nuestra América!, por ejemplo, Un mundo raro con Plácido Domingo, Pedro Vargas, Eugenia León, Tania Libertad y el mismo José Alfredo; Cucurrucucú Paloma, en dúo entre María Dolores Pradera y Paloma San Basilio, y con Caetano Veloso, Joan Baez, Lola Beltrán, Miguel Aceves; Todo Cambia, con Mercedes Sosa, Dany Rivera, Norma Gadea y tantos otros que vocalizan esta composición, y Flor de la canela con Bola de Nieve, Nicolás Urselay, Caetano, Eva Ayllon, María Dolores y Plácido, y así pude prepararte otras diversas variaciones con Solamente una vez, Júrame, Bésame mucho y, de esta manera, la compilación de sones, salseros, boleros en tríos y orquestas y solistas como Daniel Santos, Benny Moré, Compai Segundo, en fin, me ha sido una enorme sorpresa, positiva y beneficiosa, que en la vida práctica seás lo contrario de lo que yo contejuraba, pues, además de que no sos intelectualoso, jactancioso y fufurufu, me has enseñado a que conozca, en el amor, muchas de las pasaditas habidas y por haber; a que sepa, como vos decís, que en el sexo no hay fórmulas ni posiciones preferidas, sino que es como el juego mágico del OA, ese juego que practicaban muy inocentemente las cipotas de antes, pero cuyo rezo engarza cabal a como yo me he sentido durante las más intensas, interminables y maniáticas pasiones contigo: OA, sin moverme, sin reírme, con una mano, con un pie, torbellino, caballete, rodillete, adelante, atrás, adelante y atrás, atrás y adelante, media vuelta y vuelta entera. Gozando también en nuestras pláticas re-creativas, incluso por la analogía de las posiciones eróticas, del porqué, por ejemplo, esa de la gallinita frente al teatro, el collar de perlas, la carretilla, la patilla de ángel, el coche romano, la entrada de payaso que, según la figuración onomatopéyica y la imagen policromada de la bocota payásica, este antojo lo puede hacer el hombre sólo cuando la mujer está en su período privativo, tema éste que por cierto nos ha llevado más allá de lo higiénico-científico, igual que el otro tema peliagudo y cada vez más mencionado, el beso negro, dejándoselos entonces a la terapia orgónica y optando mejor por la vía poética, intuitiva, sensitiva y emocional, más que por la vía filosófica pundonorosa, lo cual nos ha permitido gozar, en los momentos más desaliñados, de esa perspicacia del vulgo para nominar las posiciones, capacidad que conjunta varios factores y elementos al propio tiempo, como para los chistes, apodos y otras expresiones antropológicas, los cuales conllevan leyes y mecanismos creativos muy precisos, y que también, por ser productos culturales, van modificándose unos y desapareciendo otros, según las generaciones y los contextos con sus respectivos inventos y artefactos. Esas imágenes me han hecho reír como nunca, por ejemplo al figurarme el porqué se le denomina a cierta postura el acordeón. ¡Es formidable la plasticidad con que se ha logrado esa denominación, bastante quevediana por cierto al reflejar hasta las minucias de su plisado! Y entre nosotros es más maravilloso el hecho de revelarnos estas cosas y lograr la empatía alegórica al reír unísonamente, y, aun más, poder penetrar en nuestras concernientes psicologías, identificando nuestras fantasías predilectas en estas lides, nuestros fetiches, fijaciones, etc. O sea esas relaciones con las cuales nos gusta jugar: palabras, cosas e intermitencias que nos traen a este mismo punto, siendo aquí en donde nos decimos mutuamente las palabras que nos connotan, por asociación fonética, el acto o los órganos sexuales, pero que no son, recalco, los tantísimos sinónimos con que se les conoce comúnmente, sino las palabras que, aun conformando otro texto, y otro discurso alejado de estas referencias, de un modo más sutil evocan o recurren a nosotros con esos significantes, tales son los términos abigarrado, envergadura, bigornia, añorga, corrugada, pistón, pérgola, bisoño, etc. También llegamos a las precisiones morfológicas para no caer en trilladas y patéticas designaciones como bisagra y espátula, y mencionamos aquellos términos que incluso gozan de cierto afecto artístico y reverencia religiosa, pero que aun con todo lo sacro y lo lírico que puedan significar, estimulan ese mismo dispositivo, por ejemplo la fonética de milonga y el signo del cirio. Claro que del mismo modo jugamos con esas otras expresiones más "especializadas, cultas y técnicas", que a veces sólo nos hacen sonreír íntimamente, así como ahoritita que, en vez de esperar encontrarnos hasta la noche -para comentar los quehaceres cotidianos- en este ínterin te estoy escribiendo la presente para contarte: "Fijate que al redactar el texto sobre Gramática, acabo de hallar un término de aquellos que nos provocan, y es la virgulilla, que es como se le llama a la uñita de la eñe, y que al darle clic derecho al ratón, para ver sus sinónimos, me aparece otra similar que es vírgula, aunque ésta, va más para fregar a las (y los) que se la pican de castidad y celibato… y no para clasificarla en nuestra lexicografía orgiástica". Ha sido este hallazgo, pues, el generador de todo este rollo, que para variar de actividad dejo por un rato la redacción formal y me recreo pensando en nosotros. Y ésta, es otra manera de tu compartir, otra de tus enseñanzas: que más vale vivenciar que discurrir qué fue primero, si el huevo o la gallina…»

Post scriptum: Ah, me doy cuenta de que al estar soliloqueando en esta forma, mental-hablada-escrita, va implícito el tema lingüístico sobre el voseo y el tú, ya que con vos y contigo es igual.

Martiana



Versos Sencillos-1891

XLII-EN EL EXTRAÑO BAZAR...

En el extraño bazar
Del amor, junto a la mar,
La perla triste y sin par
Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
Al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla:
Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
De inútil furia, y llorosa,
Pidió al mar la perla hermosa,
Dijo la mar borrascosa:

"¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
De la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
Yo guardo la perla triste".

XLIII-MUCHO SEÑORA DARÍA...

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
Despacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
De porcelana de china.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XLIV-TIENE EL LEOPARDO UN ABRIGO...

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La mushma en su cojinete
De arce del Japón: yo digo:
"No hay cojín como un amigo".

Tiene el conde su abolengo:
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: ¡yo tengo
Allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.

José Martí, patriota cubano
(1853-1895)